

función de sus compromisos políticos, también logran constituir redes de intercambios culturales. Éste será el papel de la revista *Past and Present*, del *History Workshop* entre los historiadores sociales (Brantlinger, 1990). Estos últimos valoran especialmente la importancia de la oralidad, del legado de las culturas no escritas en la tarea del historiador, coincidiendo en esto con parte de las orientaciones de los estudios culturales respecto de las culturas populares.

Los herejes y marginales de finales de los años sesenta supieron apoyarse en el terreno político para proporcionarse los medios de coordinación y, a la vez, dotarse de sólidas redes de aliados al valerse de su condición de bisagra entre el campo político y el académico, al crear una revista que contribuye a difundir un nuevo corpus de autores y temas de estudio. Sin olvidar el peso de personalidades del mundo cultural, como Doris Lessing, que gravitan sobre los círculos frecuentados por los *founding fathers*. La ocupación de los confines universitarios generará cierta rentabilidad cuando, allá por los años setenta, el desarrollo del sistema universitario británico se lleve a cabo a través de sus «suburbios» —la preservación de los santuarios académicos ante la democratización se realizará sobre la base de crear *polytechnics*—, mediante la puesta en marcha, en 1970, de la Open University. Esta doble red política y universitaria también se manifestará durante los años setenta, con la aparición de editores de izquierda (Harvester, Pluto, Merlin, Comedia) o feministas (Virago).

2. Los años Birmingham (1964-1980): la primavera de los estudios culturales

En la universidad de Birmingham es donde nace, en 1964, el Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS). La historia del centro nunca estuvo exenta de tensiones y debates (Grossberg, en Blundell, 1993). Y no todo lo que se publicó en sus *working papers* merece pasar a la posteridad. Momificar quince años en una decena de patronímicos y de libros canonizables sería olvidar el desorden, la pasión y la efervescencia creadora que le son propios a los «estados que nacen». Parte de la inteligencia empresarial de los sucesivos directores del centro consistió en su capacidad de maniobra entre las distintas iniciativas de unos investigadores con preocupaciones y referencias heterogéneas. Desde el marxismo althusseriano hasta la semiología, los miembros del centro han compartido una común atracción por lo que el *establishment* universitario consideraba entonces, en el mejor de los casos, como un pintoresco vanguardismo, y en el peor como el «opio de los intelectuales». Este interés por la renovación de las herramientas del pensamiento crítico jamás viró a la orto-

doxia. El centro fue un caldo de cultivo de importaciones teóricas, de chapuzas innovadoras sobre cuestiones hasta entonces consideradas indignas del trabajo académico. Frecuentemente pretenciosa, la noción de laboratorio adquiere toda su pertinencia en el CCCS. Durante más de quince años, una extraña combinación de compromiso social y político y de ambición intelectual produjo una impresionante masa de trabajos.

La invención de los estudios culturales

EL CCCS

La puesta en marcha del CCCS se hará lentamente. Expresado por Hoggart en una conferencia de 1964, el proyecto del centro es claro. Reivindica explícitamente el legado de Leavis. Quiere utilizar métodos y herramientas de la crítica textual y literaria mediante el desplazamiento de la aplicación de las obras clásicas y legítimas hacia los productos de la cultura de masas, hacia el universo de las prácticas culturales populares. Aunque, pese a estar asociado a una universidad, el centro quedará marcado desde sus comienzos por la marginalidad institucional en que vivió la generación de los padres fundadores. Los recursos financieros del equipo son tan limitados que Hoggart tiene que solicitar el mecenazgo de la editorial Penguin para algunas inversiones y la contratación de Stuart Hall, que le sucederá en 1968.

El reto también reside en lograr la aceptación de los sectores próximos a la universidad. Los sociólogos desconfían de estos recién llegados que cazan furtivamente en su territorio. Los especialistas en estudios literarios no son menos recelosos respecto de una iniciativa que a su juicio extravía su sabiduría por caminos subalternos. El primer desafío al que se enfrenta Hoggart es el de legitimar académicamente una rama original dedicada a la cultura, el de amaestrar a colegas desconfiados. Una de sus tácticas consistió en que formaran

parte de los tribunales académicos del departamento de estudios culturales los colegas más tradicionalistas, a veces los que se tenían por más severos, con el fin de acreditar ante sus homólogos el rigor de la formación. Por consiguiente, en el umbral de los años setenta es donde hay que situar el despegue del centro, una vez superadas las etapas de su trasplante a la universidad y de la formación de sus primeras promociones. Constituirán el vivero de lo que puede llamarse, después de los padres fundadores, la segunda generación de los estudios culturales: Charlotte Brunson, Phil Cohen, Cas Critcher, Simon Frith, Paul Gilroy, Dick Hebdige, Dorothy Hobson, Tony Jefferson, Andrew Lowe, Angela McRobbie, David Morley y Paul Willis, por citar a los más conocidos. La creciente notoriedad científica del CCCS obedece concretamente, según una tradición anglófona, a la difusión, a partir de 1972, de *working papers* (artículos multicopiados que conforman una revista artesanal). Parte de estos textos será luego reunida en libros que condensan lo mejor de la producción del equipo.

La investigación en el CCCS partirá en primer lugar del acervo de trabajos de Hoggart y de la sensibilidad reflexiva ante todas las vívidas dimensiones de la cotidianidad de la clase obrera que había explorado desde una forma original y profunda de autoetnografía (Passeron, 1999). Pero una de las características del trabajo de Hoggart es la de hablar de un mundo que se erosiona, que inicia una secuencia decisiva de mutaciones en el momento mismo de su descripción y de su teorización. En un texto editado apenas cinco años después de la publicación de su libro fundamental, *The Uses of Literacy*, subraya hasta qué punto sus descripciones pueden resultar trasnochadas como consecuencia del incremento de la movilidad espacial, de un bienestar material relativo pero creciente, del impacto inédito del automóvil y de la televisión en la sociabilidad obrera (Hoggart, 1973).

Stuart Hall

De origen jamaicano, Stuart Hall nace en 1932 en una familia que define como «middle class». Su padre es empleado de la United Fruit: «Era el primer jamaicano en haber ascendido a todos los puestos que ha desempeñado». Hall insiste en la importancia de la experiencia del colonizado, de la reacción ante la postura paternalista de los británicos respecto de su familia durante la constitución de su identidad. Abandona Jamaica en 1951 para cursar estudios en Inglaterra. En Oxford, donde estudia letras, se relaciona tanto con los militantes nacionalistas de naciones colonizadas como con los círculos de la izquierda marxista, aunque sin afiliarse al Partido Comunista.

En 1957 obtiene una plaza docente en una escuela secundaria de Brixton, entre alumnos de sectores populares, donde desarrolla un proyecto pedagógico que intenta tener en cuenta la realidad de sus prácticas culturales. Se instala entonces definitivamente en Gran Bretaña. En 1961 empieza a enseñar medios y cine en el Chelsea College de la Universidad de Londres. En 1964 escribe, en colaboración con Paddy Whannel, su primer libro, *The Popular Arts*, que trata, especialmente, de jazz. Ese mismo año, Hoggart lo llama para que le ayude en la fundación del centro de Birmingham, de cuya dirección se hará cargo. Hoggart llegará a decir: «Yo no soy un teórico. Stuart Hall es un teórico. Habitual e instintivamente es un sutil manipulador de teorías, de forma que nos complementábamos perfectamente».

Coordinador de la mayoría de los grandes trabajos colectivos del centro, Hall ha desempeñado un papel considerable de empresario científico e intelectual en Birmingham. A diferencia de los restantes padres fundadores, Hall no es tanto el autor de algunos libros de referencia como el de una gran masa de artículos. Abor-

dan una gran diversidad de temas: desde la sección de «cotilleos» del diario a las fotografías de prensa pasando por el movimiento *punk*. Pero una parte significativa de la producción científica de Hall tiene forma de trabajo sobre conceptos: reflexión sobre la eventual productividad de los legados del marxismo, debates sobre las aportaciones y los riesgos de las teorías que se toman prestadas del posmodernismo o de la deconstrucción.

No siempre es fácil disociar en sus textos más directamente políticos el componente puramente científico, en la medida en que, como intelectual, se ha manifestado repetidamente en contra de este tipo de diferenciación, y en que su gran capacidad para comprender las evoluciones políticas le permite encontrar el punto de apoyo adecuado para replantear temas de investigación, e incorporar nuevas materias y cuestionamientos. En 1979, Stuart Hall se incorpora a la Open University.

Muy solicitado a lo largo de quince años para pronunciar conferencias en cualquier coloquio importante sobre estudios culturales, Hall, en ocasiones, pudo encerrarse en una postura de testigo privilegiado cuya misión consistía en recordar los grandes retos y los verdaderos problemas. Pese a que la fuerza innovadora de sus recientes contribuciones se desvanece, habrá sido, a la vez, el empresario y el universitario más preocupado por sistematizar la teoría en el seno de los estudios culturales.

Morley y Kuang-Hsing Chen (1996) ofrecen una exhaustiva bibliografía de los trabajos de Hall y una entrevista biográfica.

El proyecto inicial de una etnografía comprensiva de la cultura de las clases populares supone pues múltiples replanteamientos sobre el terreno. El título del libro de Hoggart, *The Uses of Literacy*, significa literalmente, «los usos de la alfabetización». Se trata, pues, de estudiar también las nuevas formas de *literacy*, de competencias escolares y culturales. Hoggart cuestiona la influencia que ejercen el acceso a la televisión o la prolongación de la escolarización. Teoriza sobre la capacidad de resistencia a los mensajes de los medios, sobre la mera fuerza de inercia que representa un estilo popular de «consumo indolente» que simboliza con la fórmula «sigue hablando». Reconsiderar el mundo obrero es enfrentarse al impacto de las operaciones de renovación urbana del East End, al nacimiento de nuevas ciudades cuyos efectos desestructurantes sobre la sociabilidad popular — degradación de los lugares de esparcimiento (calle, *pubs*, jardines y patios) y, al mismo tiempo, alteración de la ecología de las relaciones de vecindad, parentesco o generación— relata Phil Cohen (en *Réseaux*, 1996). Aunque no llegan a representar una faceta relevante de los estudios culturales, el urbanismo y la arquitectura, entendidos como dispositivos organizadores de la sociabilidad y de la cristalización de identidades colectivas, entran así a formar parte de su propuesta temática. Este interés nunca será desmentido, conforme lo atestiguan, veinte años después, los dos textos que *New Times* (Hall y Jacques, 1989) dedica a las ciudades símbolo del neoliberalismo thatcheriano, como Basingstoke.

La reconsideración de las formas de sociabilidad obrera también implica prestar atención a una dimensión que Hoggart relegaría a un segundo término: la de las relaciones entre generaciones, las formas de identidad y las subculturas específicas que ponen en práctica los jóvenes del sector popular. Son múltiples los factores que ponen este asunto de actualidad. La transición de grandes conjuntos hacia el urbanismo socava los

mecanismos de control social que contribuían a la reproducción del grupo obrero. La escolarización más prolongada de parte de los jóvenes de sectores populares afecta a sus referencias culturales, redefine el ámbito de posibilidades en el que tienen cabida sus proyectos profesionales. De forma más global, el mundo obrero está sujeto a múltiples cambios que suscitan un debate sobre «el obrero de la abundancia» (Goldthorpe y Lockwood, 1968), trasunto de las discusiones francesas de entonces sobre la «nueva clase obrera». La crisis, la desindustrialización masiva de los años ochenta, significará otro gran traumatismo social e identitario. Las jóvenes subculturas representan uno de los ámbitos en los que los investigadores del CCCS han resultado ser los más productivos, los más inventivos, los más identificados con las dinámicas sociales (Hebdige, 1979).

Aunque estos trabajos no siempre están exentos de una cierta fascinación por su objeto, dos elementos, al menos, hacen que su lectura sea estimulante pese a que tratan de fenómenos que, nuevos para entonces, sólo parecerían justificar, en lo sucesivo, la nostalgia de los quincuagenarios.

Una primera fuerza procede de la capacidad de estos textos para restituir auténticos trozos de vida, alimentados por la observación, una preocupación por el detalle que raras veces genera en exotismo social (Willis, 1978). Esta cualidad es apreciable en los estudios de Hebdige sobre la cotidianidad de los *punks* o de los *mods* (1979), sobre el valor simbólico que éstos atribuyen al *scooter* italiano (1988), o la minuciosa atención con que Corrigan describe y comprende lo que puede ser la ociosidad ordinaria de los adolescentes obligados a permanecer en su ciudad «sin hacer nada» (en Hall y Jefferson, 1993).

El interés de estos análisis también obedece a su densidad teórica. Es tributaria de los análisis de Becker (1963) sobre la desviación. Numerosos textos se fijan en la manera en que las autoridades sociales intervienen en las subculturas para estigmatizar los comportamientos y a sus autores. El carácter marginal no depende de sus componentes objetivos (pelo largo, *piercing*), sino de la actuación de las instituciones (Iglesias, medios,

«Subculturas» y significado de los estilos de vida

Las jóvenes «subculturas» —en el sentido de estilo cultural específico— son objeto de un gran número de monografías desde comienzos de los años setenta. *Bikers, hippies, mods, punks, rastas, rockers, ruddies, skinheads, teddy-boys...* No es seguro que todas estas «subculturas» británicas, algunas de las cuales tienen ya cuarenta años, les suenen a los lectores del siglo XXI que pueden tener dificultades para situar a los «blousons noirs» franceses de 1960.

El marco interpretativo compartido por los investigadores británicos permite precisamente darle sentido a este florecimiento de estilos y marcadores indumentarios, capilares (túnicas indias, *scooters*, impermeables). El punto de partida es el de una crisis de reproducción del mundo obrero, en el sentido de la imposibilidad de repetición, sin grandes alteraciones, de los roles paternos por parte de los hijos. El auge del hábitat colectivo y de la escolarización, los cambios del entorno mediático, introducen una ruptura en la socialización de las generaciones del *baby-boom*. En esa misma época, los múltiples cambios (procesos de producción, remuneraciones, desempleo masivo más tarde) que vive el mundo obrero remodelan y desestabilizan su identidad.

La gama de estilos de vida puede entonces referirse a dos modalidades fundamentales de gestión de estas incertidumbres identitarias, expresión una de la continuidad, y otra de la ruptura. Para una parte de los jóvenes de los sectores populares (*rockers*, y más tarde *skinheads*), se trata de trasladar a un estilo de vida joven los valores tomados de la herencia obrera (solidaridad de grupo, valoración de una virilidad agresiva, de la fuerza), de adoptar incluso (*skinheads*) elementos más regresivos de esta herencia (racismo) o de superar un temible destino mediante un estilo reivindicado por mimetismo con el lumpenproletariado.

En el otro extremo, una segunda familia de estilos de vida (simbolizada concretamente por los *mods* de los años sesenta) pone en juego una panoplia que se vale de un imaginario de consumo hedonista, de movilidad social, de distanciamiento en relación con los aspectos más vulgares de la «virilidad» y de las exigencias del trabajo. Aunque es más característico de las clases medias, el estilo *hippy* también puede constituir una subcultura portadora de la simbología de salida de lo popular-obrero. Pero la literatura sobre las subculturas no se reduce a este apunte binario. Merecen destacarse dos de sus aportaciones.

Al introducir las dimensiones del tiempo (crisis de los años setenta) y de la etnicidad (los inmigrantes de primera o segunda generación también tienen sus subculturas que suscitan simpatía o animosidad), estas investigaciones permiten comprender las evoluciones, las hibridaciones, las contradicciones de esta sucesión de estilos, la coherencia de cada uno de ellos.

Estos enfoques, a la vez que hacen inteligible la forma en que las contradicciones de la socialización crean una confusión identitaria, evitan que los estilos de vida queden reducidos al resultado mecanicista de las exigencias sociales. El énfasis, al contrario, está en la forma en que, bajo determinadas condiciones estructurales, los jóvenes desarrollan tácticas de selección dentro de su potencial identitario. Los estudios de casos reales también demuestran cómo estas subculturas son, desde el momento de su cristalización en el espacio público, herramientas de los mecanismos de provocación, promoción o estigmatización a través de la publicidad, los medios, las autoridades. Semejante enfoque se distancia de los análisis en términos de consumo pasivo, de «norteamericanización» súbita, y presta atención a una posible participación creativa, furtiva, del consumo (S. Cohen, 1972; Hall y Jefferson, 1975; Hebdige, 1979, 1988; Réseaux, 1996).

legisladores) que los definen como indeseables. El «pánico moral» que a mediados de los años sesenta transforma las trifulcas entre *mods* y *rockers* en las playas del Kent en síntoma de crisis de la juventud y de la autoridad es un buen ejemplo (S. Cohen, 1972). El análisis de las subculturas se propone pues comprender sus retos políticos. ¿Cabe considerarlas, en primer lugar, como «resistencias mediante rituales», de acuerdo con el título de una obra del CCCS (Hall y otros, 1975)? ¿Hay que darles un valor subversivo? ¿O sugerir más modestamente que contienen una crítica latente a los valores establecidos? ¿O acaso no son más que recreaciones sin consecuencias que el capitalismo autoriza fuera del horario de la escuela o de la fábrica?

Expansión y coherencia de las problemáticas

LA MANCHA DE ACEITE DE LO CULTURAL

El cuestionamiento de la cultura en la vida cotidiana se extenderá concéntricamente como una mancha de aceite.

Una primera ampliación de las investigaciones versará sobre la relación de los jóvenes de sectores populares con la institución escolar. En un enfoque etnográfico de gran riqueza, Paul Willis (1977) ilustra la tensión en el seno de una escuela popular entre el comportamiento rebelde de los «tíos», y el de los «pelotas» que llevan la marca de las diversas formas de sumisión y de buena voluntad frente a la institución escolar. El propio subtítulo del libro («¿Cómo los chavales de la clase obrera encuentran empleos de obreros?») condensa también los atolladeros de esta resistencia. Al expresar en la escuela un estilo rebelde, una masculinidad agresiva, un rechazo de los compromisos con los valores intelectuales y de la docilidad exigida por la institución, los «tíos» resisten a sus empresas socializadoras y reivindican valores obreros. Y simultáneamente hacen que se cumpla el destino más probable al cerrarse los márgenes de movilidad social ofrecidos por la escuela. La contribución de Willis y el trabajo del CCCS sobre el papel

del sistema educativo — que en 1981 dará origen al libro *Unpopular Education* — tampoco tendrán repercusiones duraderas.

El interés prestado a las prácticas culturales, definidas a espaldas de su prestigio social, obliga a los investigadores del centro a tener en cuenta la diversidad de productos culturales consumidos por las clases populares. Birmingham será uno de los primeros equipos en atraer la atención de las ciencias sociales sobre bienes tan profanos como la publicidad o la música rock (Frith, 1983). Pero, como demuestra una obra colectiva (Hall, Hobson, Lowe y Willis, 1980), son los medios audiovisuales y sus programas de información y entretenimiento los que poco a poco serán objeto de estudio mediante encuestas. Merece ser destacado un texto importante. En «Codificación/descodificación» (1977), Hall desarrolla un marco teórico que pone de relieve que el funcionamiento de un medio no puede limitarse a una transmisión mecánica (emisión/recepción) sino que ha de darle forma al material discursivo (discurso, imágenes, relato) en el que intervienen datos técnicos, condiciones de producción y modelos cognitivos. Este marco analítico, hoy en día, puede parecer trivial. Pero entonces implicaba tener en cuenta todas las situaciones de desfase, de equívocos entre códigos culturales, es decir, las gramáticas mediáticas que prevalecen en la producción del mensaje, por un lado, y las referencias culturales de los receptores, por otro. Bastaba con eso para trastornar las rutinas de la sociología empírico-funcionalista de los medios, escasamente preocupada por las condiciones de producción de los mensajes. La noción de descodificación invita a tomarse en serio el hecho de que los receptores tienen sus estatus sociales, sus culturas, y que ver o escuchar un mismo programa no implica darle un sentido o evocar un recuerdo similar.

GÉNERO Y «RAZA»: NUEVAS ALTERIDADES

El movimiento que se extiende como una mancha de aceite tendrá finalmente dos ampliaciones cuyas consecuencias a

largo plazo serán esenciales. La primera desemboca en las cuestiones de género, en la variable masculino/femenino. Esta clave de lectura sirve de estructura al libro *Women Take Issue* (Women's Studies Group, 1978). La apreciación del género obedece al trabajo empírico que pone de manifiesto las diferencias de consumo y de valoración entre hombres y mujeres en materia de televisión o de bienes culturales. También se debe a la sensibilidad feminista de las investigadoras (Charlotte Brunson y Dorothy Hobson). No se puede pasar por alto que los personajes y los comportamientos analizados por la literatura sobre las subculturas casi siempre son masculinos, ni puede ignorarse una forma de convivencia machista en ciertas descripciones de la cultura obrera. Ésta es la razón por la que Willis y su forma de hablar de los «tíos» son objeto de crítica hoy en día por parte de la literatura feminista sobre la escuela.

Valorada desde sus primeros trabajos por Hebdige, la otra alteridad, simbolizada por las comunidades inmigrantes y por el asunto del racismo, ocupará un lugar preeminente gracias al libro *The Empire Strikes Back* (CCCS, 1982). La atención a estas variables también se impone aquí por el terreno y la presencia de poderosas comunidades de inmigrantes, por las reacciones de atracción y de rechazo racista que suscitan. Esta sensibilidad también se debe a la presencia de inmigrantes o de hijos de inmigrantes entre los investigadores del centro, empezando por Hall o por Paul Gilroy. Cabe añadir que la situación británica contrasta con la de Francia en un punto esencial: los creadores procedentes de la inmigración disfrutaban allí de una mayor presencia y un mayor reconocimiento en el mundo cultural, especialmente en literatura (Kincaid, Kureishi, Rushdie).

LOS REFRACTARIOS: PASADO/PRESENTE

Aunque Birmingham represente la sede institucional motora de los estudios culturales, el auge de estos enfoques no acaba aquí. Williams, tardíamente reclutado en Cambridge —¡pri-

mero como titular de inglés y luego (1974) como catedrático de «dramaturgia»!—, desarrolla entonces allí sus investigaciones. La aportación de la vertiente «historiadora» de los estudios culturales ilustra la coherencia de los cuestionamientos, tanto si se dirigen al pasado como al presente.

Thompson saca provecho de la creación de una nueva universidad en Warwick donde logra que lo contraten en 1964. Allí crea un centro de investigaciones en historia social. Tras el libro de referencia que había preparado sobre la formación de la clase obrera británica (1963), desarrolla allí sus investigaciones relativas al universo de las costumbres y culturas populares inglesas desde el siglo XVIII. Aunque llegan a detenerse en comportamientos «folclóricos» como las cencerradas, estas contribuciones, reunidas en *Customs in Common* (1991), se proponen, sobre todo, comprender cómo las contradictorias potencialidades de la cultura popular, compuesta de respeto a la autoridad y de espíritu rebelde, de anclaje en las tradiciones y de una picaresca dimensión de búsqueda del movimiento, interactúan con los poderes sociales. Se trata entonces de plantearse una «economía moral» del mundo popular —para el que la tierra y sus productos han de atender ante todo las necesidades de la comunidad aldeana— frente al auge de una economía monetarizada, de percibir las fricciones entre las representaciones tradicionales de la sociabilidad y las exigencias (de puntualidad, por ejemplo) de una disciplina de producción en la naciente industria. Uno de los resultados más concluyentes de esta iniciativa es *Whigs and Hunters* (1975), donde Thompson se esfuerza en elucidar lo que a primera vista parece ser la inexplicable ferocidad de una ley de 1723 que reprime la caza furtiva. El estudio exhaustivo de los archivos judiciales permite revivir un mundo de cazadores y pescadores furtivos, espigadores, guardas forestales y grandes aristócratas cazadores. Demuestra cómo la caza furtiva, el sabotaje de las pisciculturas de los poderosos o los robos de madera pueden interpretarse como un registro de quejas, una forma de acción popular. Contrapone con hechos la representación del bosque como un bien sobre el que cualquier miembro de la co-

munidad tiene unos modestos derechos a su privatización a través de una evolución jurídica que sólo reconoce los derechos exclusivos del propietario.

Se comprende entonces cuál es, más allá de las desiguales figuras del *mod* del Soho de 1964 o del furtivo de Windsor de 1714, la coherencia de estos trabajos. Se trata, siempre, de abor-
 dar lo social por abajo, de observar la cotidianidad de los sectores populares. Los estudios culturales nacen del rechazo del legitimismo, de las jerarquías académicas de los objetos nobles e innobles. Se fijan en la aparente trivialidad de la publicidad de las emisiones de entretenimiento, de las modas indumentarias. El estudio del propio mundo popular se detiene mucho menos en las heroicas figuras de los dirigentes que en la cotidiana sociabilidad de los grupos o en el detalle de los decorados, prácticas y costumbres.

Esta predisposición implica favorecer métodos de investigación susceptibles de conocer de cerca estas vidas ordinarias: etnografía, historia oral, investigación de los escritos que enseñan lo popular (archivos judiciales, industriales, parroquiales) y no sólo la gesta de los poderosos. Por último, y por encima de todo, estos trabajos dependen de lo que Passeron llama —sin añadir nada que sea despectivo— un análisis «ideológico» o externo de la cultura. No se proponen solamente cartografiar las culturas, percibir su coherencia, o demostrar que la manera de frecuentar el *pub*, asistir al partido de fútbol o participar en las ferias puede constituir un conjunto de prácticas coherentes. Las actividades culturales de las clases populares se analizan para preguntarse por «las funciones que asumen en relación con la dominación social» (Grignon y Passeron, 1989, pág. 29). Aunque la cultura es el meollo de la iniciativa, no es sino el punto de partida de un cuestionamiento sobre sus retos ideológicos y políticos. ¿Cómo se dotan las clases populares de sistemas de valores y de universos de sentido? ¿Cuál es su contribución a la constitución de una identidad colectiva? ¿Cómo se articulan dentro de las identidades colectivas de los grupos dominados las dimensiones de la resistencia y de una aceptación, resignada o maltrecha, de la subordinación?

Las circulaciones de la teoría

DOMINACIONES Y RESISTENCIAS

Desde el momento en que se piensa en el tema de la cultura dentro de una problemática del poder, resulta necesario un conjunto de interrogantes teóricos y de conceptos. Cuatro de ellos ocupan un lugar estructurante.

En primer lugar, la noción de ideología forma parte del legado marxista en el que bebe la mayoría de los investigadores de esta corriente. Pensar en los contenidos ideológicos de una cultura no es más que comprender, en un contexto determinado, en qué medida los sistemas de valores, las representaciones que contienen, intervienen para estimular procesos de resistencia o de aceptación del *statu quo*, en qué medida discursos y símbolos le otorgan a los grupos populares una conciencia de su identidad y de su fuerza, o participan del registro «alienante» de la aquiescencia a las ideas dominantes.

La referencia a la ideología conduce a la temática de la hegemonía, formulada por el teórico marxista italiano Antonio Gramsci en los años treinta. Aunque comparte la idea de que «las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante», Gramsci también se dirige a las mediaciones a través de las que funcionan esta autoridad y esta jerarquía e incorpora el papel de las ideas y de las creencias como soporte de alianzas entre grupos sociales. La hegemonía es fundamentalmente una construcción del poder a través de la conformidad de los dominados con los valores del orden social, con la producción de una «voluntad general» consensual. Se comprende entonces la atención que la noción gramsciana sugiere prestar a los medios de comunicación. Ian Connell demuestra así cómo las rutinas del periodismo televisivo llegan a poner de relieve el punto de vista patronal en la presentación del debate sobre política salarial (en Hall y otros, 1980).

La frecuente utilización del término «resistencia» conduce a una tercera referencia conceptual y pone en entredicho la

especificidad del poder cultural que pueden ejercer las clases populares. La borrosa noción de resistencia sugiere más un espacio de debate que un concepto acotado. Por un lado, lejos de ser unas consumidoras pasivas, unas idiotas culturales, por utilizar la expresión del antropólogo Clifford Geertz (1973), las clases populares ponen en juego un repertorio de obstáculos a la dominación. Se trata del conflicto social, pero también de esa indiferencia práctica ante el discurso, que Hoggart denominaba «consumo indolente». También podría tratarse de los efectos de la burla, de la mala conciencia, del acondicionamiento de microespacios autónomos o festivos (S. Cohen y Taylor, 1976). El problema que subyace en la noción de resistencia es el que plantea, en el ámbito de los movimientos sociales, la pregunta de las armas de los débiles (Neveu, 2002a). ¿Sólo son débiles armas? Atestiguan un potencial de acción autónomo. Pero ¿acaso no están condenadas a una postura meramente defensiva, a éxitos parciales y provisionales, a oscilar entre el gol del honor o el corte de mangas, sin poder invertir las relaciones de fuerzas? Hebdige expresa esta ambivalencia cuando advierte de que las subculturas no son «ni simple afirmación ni rechazo, ni “explotación comercial”, ni “auténtica revuelta” [...]». Se trata, a la vez, de una declaración de independencia, de alteridad, de intención de cambio, de rechazo del anonimato y de estatus subordinado. Es una insubordinación. Y se trata, al mismo tiempo, de la confirmación del hecho mismo de la privación de poder, de la celebración de la impotencia» (1988, pág. 35).

Por último, entre líneas, se perfila la problemática de la identidad. A medida que la dinámica de los trabajos superpone sobre las clases sociales variables tales como generación, género, etnicidad o sexualidad, pasa a ocupar un lugar estratégico todo un cuestionamiento sobre el modo de constitución de los colectivos, una creciente atención a la forma en que los individuos estructuran subjetivamente su identidad.

Hebdige señala en *Hiding in the Light*: «Muchos de los puntos de referencia críticos y teóricos que proporcionan la orientación básica de este libro son franceses. Algunos son italianos o alemanes. Muy pocos son identificables como británicos. Igual que otros muchos diplomados en artes y ciencias sociales, escolarizados a finales de los años sesenta y durante los años setenta, he intentado huir de la tradición inglesa, encontrar mi propio lugar en otra parte... » (1988, pág. 11). Esta actitud entonces es la regla. Los primeros *working papers* son soportes de divulgación de autores continentales no traducidos en el Reino Unido.

La atracción por las teorías continentales es una forma de reacción ante las orientaciones dominantes de las ciencias sociales anglófonas, cuya crítica había sido desarrollada en Estados Unidos por Wright Mills (1958). Pese a sus virtudes objetivadoras, la investigación «administrativa» o aplicada, basada en financiaciones contractuales y en el tratamiento cuantitativo de datos, no es nada propicia a enfoques cualitativos ni al sometimiento a prueba de cuestionamientos críticos e innovadores. En cuanto al funcionalismo, entonces todopoderoso, las enormes maquinarias teóricas de Talcott Parsons laminan los «terrenos», disuelven, precisamente, la cuestión del poder y de la dominación. La mayoría de los usos de esta teoría postulan un mundo en el que todo, empezando por la desigualdad, es funcional, como el *escapismo*, esa búsqueda de evasión que sería el principio impreciso de numerosas prácticas culturales.

La búsqueda de nuevas herramientas teóricas también depende de los retos a los que se enfrentan los investigadores. Los estudios culturales proceden de un desplazamiento fundacional que pone al servicio de la cultura profana las herramientas teóricas que provienen de los estudios literarios. Ahora bien, aunque los cuadros de preguntas fecundas para el análisis de Dickens todavía pueden aclarar textos menos canónicos, su rentabilidad resulta más dudosa cuando se trata de

interesarse por los *mods* o por los campamentos *scouts*. A partir de entonces, hacer la compra teórica en lonjas de investigación más críticas, ya sean de Europa continental o de los opositores norteamericanos a la sociología oficial, no parece que esté desprovisto de coherencia.

El ámbito de la sociología es un buen ejemplo. Aunque Hall evoca la tarea colectiva de lectura crítica de Weber, queda claro, no obstante, que, identificada con el funcionalismo, esta disciplina no es la fuente de inspiración del equipo, distancia que entonces no puede sino aumentar la falta de interés que tiene la Asociación Británica de Sociología por la cultura. Pero el ámbito de las subculturas, la atención prestada a la desviación, la preocupación por observar tan de cerca como sea posible las interacciones sociales en la cotidianidad suscitarán el interés del grupo por la aportación del *interaccionismo simbólico*, el prejuicio etnográfico de la escuela de Chicago. Becker (1963) pronto se convertirá en una referencia de culto. Su condición de observación de la calle también convertirá la Street Corner Society de Whyte (1943) en un punto de apoyo. Estas incursiones hacia las iniciativas sociológicas más adecuadas para captar la trama de las experiencias vividas se siguen identificando con el interés por el planteamiento biográfico. Éste estructura los grandes libros de Hoggart (1957, 1991), se expresa en otros lugares de forma más programática (Cricher, en Hall y Jefferson, 1975).

La noción de «marxismo sociologizado» expresaría bastante bien las lógicas de importación conceptual del CCCS. Sugiere un itinerario que sociologiza un planteamiento de crítica literaria a través de un marxismo crítico. Ya se ha visto en qué medida el interés dispensado a Althusser y Gramsci respondía a la voluntad de prestar más atención a la densidad y a la complejidad de las mediaciones y las interacciones entre cultura y cambio social.

La atracción que ejerce el estructuralismo, la creciente importancia de los medios entre los temas de los estudios culturales explican, en última instancia, la considerable trascendencia adquirida por otras importaciones francesas, hasta

Superar el marxismo... ¿con el marxismo?

La teoría marxista, tal y como pudo ser divulgada por el movimiento comunista, plantea la primacía de las infraestructuras económicas cuyas superestructuras (sistemas políticos, derecho, creación cultural) no son sino sus productos. Raras veces tomada en cuenta con precisión, la diversidad de las superestructuras de una sociedad, de una a otra «formación social», no es más que un mero «reflejo» de las relaciones de clase y de producción. La propia contribución de la cultura a la estabilidad (o no) de un modelo de sociedad, su posible margen de autonomía son, por lo tanto, rechazados.

Esta visión, mecanicista, hace que cualquier reflexión resulte superflua, toda vez que la explicación de las culturas se da por adelantado. Tampoco cuestiona mucho más las modalidades concretas o las mediaciones a través de las cuales la infraestructura económica puede tropezar con la inercia o con la resistencia de creencias o de comportamientos, ni las múltiples articulaciones entre ambos niveles. La incomodidad teórica, tempranamente expresada por Thompson o Williams —dos investigadores próximos al marxismo y conscientes, a la vez, por el hecho de sus investigaciones, de los callejones sin salida de este marco de análisis—, orienta sus objetivos y sus préstamos teóricos.

Por eso es por lo que Williams convierte estas cuestiones en el zócalo de su proyecto de «materialismo cultural»: «Lo que suele confundirse con la noción marxista tradicional de producción económica es la producción directa de lo “político”, cuando toda clase gobernante dedica una parte significativa de producción material a la instauración de un orden político. Tanto el orden social y político que sostiene un mercado capitalista como las luchas sociales y políticas que este último engendra son, necesariamente, producción material. Desde los cas-

tillos, palacios e iglesias hasta las prisiones, hospitales y escuelas; desde el armamento bélico hasta la prensa controlada: toda clase gobernante, de distintas maneras, pero siempre materialmente, produce un orden social y político. Estas actividades jamás son superestructurales [...]. La complejidad de este proceso puede detectarse especialmente en las sociedades capitalistas avanzadas, en las que no resulta pertinente separar "producción" e "industria" en la producción, también material, de "defensa", de "ley y orden", de "bienestar", de "opinión pública" y de "entretenimiento". Al fracasar en la aprehensión del carácter material de la producción de un orden social y político, el materialismo selectivo (y, puestos a decir, burgués) tampoco ha logrado comprender, y esto de forma todavía más patente, el carácter material de la producción de un orden cultural» (Williams, 1977).

En cuanto a los préstamos teóricos, han pasado por las segundas lecturas de Marx propuestas por Louis Althusser, por su teorización del papel específico de los «aparatos ideológicos de Estado» como la escuela y los medios, por su búsqueda de vínculos entre marxismo, estructuralismo y psicoanálisis (Sparks, en Morley y Kuang-Hsing Chen, 1996).

Este redescubrimiento de un marxismo heterodoxo también explica el recurso a la escuela de Frankfurt (sobre todo Walter Benjamin), la atención prestada al sociolingüista Mijail Bajtin, a los teóricos marxistas de la literatura como Lucien Goldmann y el húngaro György Lukács. Desemboca sobre todo en Gramsci por sus reflexiones sobre el papel de los intelectuales y sus relaciones con las clases populares, sobre la desigual capacidad de los grupos sociales para dotarse de portavoces que le den forma coherente a sus creencias y aspiraciones. El pensamiento de Gramsci será objeto de numerosos desarrollos y comentarios (Laclau, 1977; Laclau y Mouffe, 1985), sobre todo porque destaca que las rela-

ciones de poder no son el calco obtenido de antemano de las relaciones económicas. Gramsci se toma en serio la fórmula de Marx sobre «la ideología como fuerza material», intenta reflexionar tanto sobre la capacidad de resistencia de los dominados como sobre la manera en que un «sentido común» difundido por las élites contribuye a su conformidad con el orden social. Más allá de posiciones abstractas, Gramsci desarrolla sus intuiciones en una serie de análisis de campo: sobre el papel de la literatura popular de folletín como herramienta de difusión de una ideología, sobre las resistencias y la autonomía de una «sociedad civil», sobre los efectos políticos y culturales de las disparidades del desarrollo (el asunto del *mezzogiorno* italiano), sobre los vínculos de los intelectuales como mediadores «orgánicos» de los dispositivos de poder, o como promotores de estrategias de «contrahegemonía».

tal punto que Thompson despotrica contra lo que denominará «la electrificación de la línea París-Londres». Barthes será el principal y más precoz beneficiario de este interés, y pronto se verá acompañado de autores como el teórico del cine Christian Metz o Julia Kristeva, que participan entonces en la «aventura semiológica» desde la revista *Communications* y desde *Tel Quel*. Este momento vanguardista de la importación no debe dejar en el olvido empréstitos anteriores y más previsible (Sartre y su visión de la literatura) por parte de una comunidad cuyo territorio inicial ha sido la crítica literaria.

Estas importaciones no han dejado de suscitar polémicas, a menudo agrias. Cristalizan en torno a la muy althusseriana revista de análisis fílmico *Screen* (Robins, 1979). Hall llegará incluso a plantearse la aparición de un «segundo paradigma», estructuralista, en los estudios culturales (en Collins y Curran, 1986). Thompson dispara una verdadera andanada antialthusseriana en *The Poverty of Theory* (1978).

Hipotecas y aciertos

UN DISTANCIAMIENTO COSTOSO PARA LA SOCIOLOGÍA

El hecho de poner de relieve las aportaciones y las contribuciones del CCCS no impide señalar algunas debilidades.

Son visibles a través del bagaje sociológico de muchos de los investigadores del CCCS. Su escasa consistencia tiene explicaciones lógicas. Aunque los estimulantes usos de las aportaciones de la escuela de Chicago por parte de Cohen o de Hebdige desmientan la regla, muchos de los investigadores procedentes de las humanidades, más que de las ciencias sociales, están escasamente familiarizados con la sociología, incluida la de la cultura, laguna que plantea algunos inconvenientes en una empresa intelectual que no obstante hace buenas migas... ¡con una sociología de la cultura! El meollo del debate no está en un patriotismo o una ortodoxia disciplinar, sino en los efectos prácticos de un desconocimiento de los «fundamentales» de las ciencias sociales.

El reto epistemológico planteado por el estudio de las culturas populares es un buen ejemplo. Hoggart o Thompson, sin duda, han sabido prestarles a las culturas dominadas una atención minuciosa, respetuosa y comprensiva, sin dejarse llevar por una complacencia acrítica; pero no todas las investigaciones de Birmingham han escapado a la doble trampa del misérabilismo y del populismo. Ciertos análisis de la dislocación de la identidad obrera exageran a veces sobre la erosión simbólica y estatutaria del grupo y de sus infortunios. Aunque no ignoran la ambigüedad de las subculturas, los seductores análisis de Hebdige sobre los *mods* no eximen de halagos a su objeto. De hecho, el principal atractivo se encuentra en esa vertiente populista, muy especialmente en la atribución, generosa en ocasiones, del marchamo de «resistencias» a unas prácticas que también pueden interpretarse como burbujas de autonomía, nada susceptibles de poner en entredicho las relaciones sociales. Destacar estas tensiones es percibir una gran dificultad que obedece a las propias contradicciones de las cuestio-

nes analizadas, pero también significa entrever atajos interpretativos que se sistematizarán más tarde.

Un punto de vista sociológico más elaborado permite considerar la creación cultural como un espacio de competición e interdependencia entre productores, de lo que da cuenta, en concreto, la noción de campo. En su defecto, tendemos a sobrevalorar la visión de una producción cultural como respuesta explícita a las expectativas, claras por su parte, de clases o de grupos de consumidores. Esta especial laguna puede relacionarse con el hecho de que las importaciones francesas no engloban sino modestamente las aportaciones de Bourdieu. Esta prolongada ignorancia obedece en parte a una percepción británica de Bourdieu como etnólogo y sociólogo de la educación, en detrimento de sus trabajos sobre la cultura o las clases populares. Nicholas Garnham y Raymond Williams destacarán el costo de este desencuentro: «El valor potencial del trabajo de Bourdieu en este momento específico por el que atraviesan los medios y los estudios culturales británicos reside en el hecho de que, en un movimiento de crítica, en el sentido marxista clásico, confronta y supera dialécticamente posiciones parciales y opuestas. Desarrolla una teoría de la ideología (o mejor dicho del poder simbólico toda vez que, por lo general, reserva el término de ideología para cuerpos de pensamiento más explícitos y coherentes) que se basa, a la vez, en una investigación histórica concreta y en el uso de las clásicas técnicas de la sociología empírica, como el análisis estadístico de datos de encuestas. Desarrolla conjuntamente su crítica del teoricismo, especialmente del estructuralismo marxista y de las tendencias concomitantes al formalismo» (1980, pág. 210).

¿AHORRARSE LA ECONOMÍA?

Fundamentalmente, el pecado original de los estudios culturales obedece a su déficit de interés por la historia y por la economía. La consideración reflexiva de los legados históricos, de la dimensión de la larga duración en lo cultural es evi-

Legitimismo, populismo y miserabilismo

En un trabajo que pretende ser, a la vez, prolongación y crítica de la sociología de la cultura desarrollada por Bourdieu, Grignon y Passeron explicitan las dificultades específicas que plantea el análisis de las culturas populares, estudiadas, casi siempre, por autores cuya posición de intelectuales les separa de los mundos populares.

La dificultad más evidente reside en el riesgo de una forma de condescendencia, el «legitimismo», que lleva a observadores «doctos» y «cultos» a restringir la noción de cultura: «gran» literatura, música «clásica», obras expuestas en los museos. Este sesgo lleva a plantearse la relación de las clases populares con la cultura desde la perspectiva de la carencia, del menos, de la in-cultura, toda vez que están menos familiarizadas con la cultura legítima, es decir, socialmente consagrada. Una ruptura necesaria consiste entonces en asumir un relativismo que no consiste tanto en fingir que vale todo sino en considerar que los universos de las prácticas y consumos culturales populares merecen la misma atención, el mismo respeto que los de un académico, que pueden encerrar significados subjetivos igual de intensos y engendrar un sistema simbólico, también valioso y coherente.

Esta ruptura con el legitimismo plantea dificultades epistemológicas igualmente importantes. Surge entonces la amenaza de dos posibilidades de análisis. El miserabilismo puede enfocarse como una forma de reconsideración del rechazo legitimista. Eventualmente observada con atención y simpatía, la cultura popular, sin embargo, todavía sigue siendo percibida como un modo lacrimoso o reductor. Sólo puede ser dominada, incompleta o patética, o caracterizarse por la carencia, la pobreza o la ingenuidad. Su trágico destino es el de no poder acceder al estatus de cultura completa, con ma-

yúscula. El populismo sociológico es simétrico al miserabilismo. Consiste en celebrar y magnificar todas y cualesquiera prácticas culturales populares revestidas sistemáticamente esta vez de un «plus»: de autenticidad, de profundidad, de simplicidad, de virtud. Un acordeonista mediocre en un baile «popular» se encontrará de esta manera dotado de virtudes creadoras que le serían regateadas a Horowitz si interpretara a Musorgski. A menudo, en su afán por señalar buenas intenciones, el miserabilismo oculta la realidad de la institucionalización social de jerarquías sociales, frecuentemente interiorizadas por los dominados (un Crichton no «vale» un Rushdie, ni en la escuela, ni en las páginas de «cultura» de los periódicos). Basado en el golpe de mano de una inversión de las jerarquías culturales, el populismo no siempre es ajeno a la demagogia. Sus efectos respecto de la revaluación efectiva de las culturas populares son, a menudo, dudosos o efímeros. Desemboca en la paradoja de que las preguntas iniciales (¿qué es una cultura «popular»? ¿En qué se diferencia de una cultura dominante legítima?) se quedan sin objeto y sin respuesta. (Bourdieu, 1979; Grignon y Passeron, 1989).

dente en Thompson y apreciable en Williams. Aparte de Gilroy, es menor el impacto en el seno de la generación formada por el CCCS. Para Thompson (1978), por otra parte, se trata menos de un silencio sobre la historia que de los efectos del singular materialismo de Althusser, poco atento a las tensiones internas de una sociedad, a la trama de las resistencias y del funcionamiento material de lo social. Desde entonces se declara que «el pensamiento histórico carece de valor no sólo científicamente sino también políticamente».

El escaso interés por las aportaciones de la economía constituye otra debilidad que no puede sino hipotecar el proyecto de materialismo cultural que integra la dimensión de la producción y de la circulación de los bienes culturales. Aun-

que poco preparado para esta apertura debido a la formación recibida en los cursos de Leavis durante los años treinta, Williams será uno de los únicos en intentar de forma consecuen- te esta integración de la dimensión económica de la cultura y de los medios. La importancia que tienen las estadísticas eco- nómicas o la referencia a los trabajos de los economistas tan- to en *Communications* (1960) —probablemente la primera síntesis del tema publicada en Europa— como en sus poste- riores libros sobre televisión (1974) así parecen indicarlo.

Este descuido económico será objeto, esporádicamente, de una confrontación intelectual entre los estudios culturales y una corriente de investigadores, británicos pero también fran- ceses e italianos, para quienes un enfoque interdisciplinar de la cultura no puede pasar por alto su «economía política». La creación, en 1979, de *Media, Culture and Society*, primera re- vista británica dedicada a estas cuestiones, permite iniciar pronto el debate. Lanzada por unos investigadores de Leices- ter y del Polytechnic of Central London, y no por el equipo de Birmingham, cruzará periódicamente la espada con los parti- darios de los estudios culturales. Garnham subraya, en concre- to, que el legítimo rechazo del «reduccionismo económico» no puede justificar el defecto inverso. La «autonomización idea- lista del nivel ideológico» lleva a considerar los bienes cultu- rales como simples portadores de mensajes y a descuidar la existencia y el funcionamiento de las industrias culturales, del mundo social organizado de sus productores (Garnham, 1979, 1983).

MATERIALISMO CULTURAL Y TROPISMO TEXTUAL

La viveza de la crítica de Garnham no pretende descalifi- car los estudios culturales, y menos aún incitar a una opción de método binario entre economía de bienes culturales y aná- lisis de sus significados. Más bien indica una serie de tensio- nes que recorren la aventura de los estudios culturales desde sus orígenes.

Estas contradicciones se aprecian en la relación con Marx y con el marxismo, que constituye —con la excepción de Hog- gart— una referencia común a los padres fundadores y a la ge- neración de Birmingham. La forma dominante de apelar a Marx o a sus intérpretes se debe a una doble y curiosa ocul- tación. Los textos del Marx historiador-sociólogo (*El 18 bru- mario, Las luchas de clases*) y los del Marx economista son objeto de un uso poco intensivo. El Marx y el marxismo apre- ciados en el CCCS son más bien los que miran a la filosofía, al análisis de las ideologías. Ahora está bien visto señalar con lástima la inspiración marxista de un pensamiento para deva- luarlo. Pero, aunque no ocultan su pertenencia a una *episteme* marxista, los grandes libros de Thompson siguen siendo capa- ces de estimular tanto al investigador como al ciudadano. También es verdad que el lector menos avisado hallará en el corpus inicial de los estudios culturales textos que entroncan con la exégesis marxológica más soporífera. La fuerza de las más bellas contribuciones de aquellos años no puede ocultar la frecuencia de los textos que «revisitan» machaconamente a tal o cual teórico marxista, o incluyen tales o cuales glosas de los conceptos de hegemonía o de articulación. Hall en ocasiones se lleva la palma. Pero apenas si tiene acompañantes de su ni- vel. La posterior invasión de los estudios culturales por parte de una proliferación de textos que, en esta ocasión, se extien- den en comentarios sobre la nadería conceptual del «posmo- dernismo» sugiere que la postura aquí objetada obedece más a un hábito intelectual, a una relación con la teoría, que a las sin- gularidades de la de Marx.

También hay una cierta tensión entre el proyecto declara- do y las predisposiciones de buena parte de sus promotores. Detrás de la idea de «materialismo cultural», de la que Wi- lliams fue el primer heraldo, se oculta la intención de una con- frontación total con los hechos culturales. Total, porque tiene en cuenta todas las culturas y no sólo la de los doctos; total, porque entiende la cultura como universo de sentido, pero también por estar sometida a procesos de producción y circu- lación, por ser capaz de producir efectos en las correlaciones

Policing the Crisis
Las ambivalencias de una investigación
de referencia

Las severas condenas impuestas a jóvenes inmigrantes en Birmingham a raíz de un suceso criminal (robo con intimidación) son el punto de arranque de uno de los libros colectivos del CCCS. *Policing the Crisis* (Hall y Critcher, 1978) expone, partiendo de un extenso análisis de prensa, el mecanismo del pánico moral. En unas condiciones que sugieren con creces una empresa de orquestación y aumento de la amenaza, la policía y las autoridades británicas advierten del peligro que representaría la explosión de los robos con intimidación, cuyas víctimas serían principalmente mujeres y personas de edad, y sus autores jóvenes inmigrantes.

La obra postula de forma fecunda las problemáticas interaccionistas de «construcción» de una desviación, y demuestra, en concreto, cómo la invención de nuevas tipologías de actos delictivos por parte de policías y magistrados contribuye a otorgar crédito a la percepción de una amenaza inédita. Al destacar el hecho de que la estigmatización apunta sobre todo a jóvenes procedentes de la inmigración, esta investigación saca a la luz la creciente importancia que tienen los cuestionamientos acerca de las identidades, del racismo. El volumen, que trabaja con relatos de prensa, tiene la mirada puesta en los medios, en la manera en que los modelos narrativos pueden dar crédito a la idea de una forma de peligrosidad natural o innata en jóvenes originarios del Caribe o de la India. La principal contribución del libro radica en la atención que presta a los juegos de poder, de hegemonía, que este pánico moral transmite. El equipo del CCCS desarrolla en concreto el concepto de «definidor primario» para valorar el poder que detentan ciertas autorida-

des (en este caso, la policía y la justicia en cuanto fuentes de información y gestores de la delincuencia) para producir definiciones legítimas y autorizadas de los problemas y situaciones que la prensa difunde en la opinión. Publicada el año en que Margaret Thatcher llega al poder, la obra ofrece un cuadro estimulante del clima ideológico de la época, una presciencia, retrospectivamente impresionante, de sus usos por parte de los conservadores.

Simultáneamente, la obra deja entrever algunas de las limitaciones de los trabajos del centro. Su actividad sigue estando mayoritariamente centrada en los textos; se trabaja sobre los relatos de prensa sin cuestionar las recepciones y, más aún, sin llevar a cabo una verdadera investigación sobre la tarea de los periodistas que los redactan. Tal y como demostrará Philip Schlesinger, la noción clave de «definidor primario» puede ser muy valiosa. No obstante, tendría que evitar una excesiva simplificación de la complejidad social: podría alimentar una visión en términos de complot que los autores rechazan explícitamente. En efecto, da por supuesta una coherencia absoluta en el discurso de las autoridades y la impotencia de las fuentes alternativas. Su uso, sobre todo, trata a la ligera la forma que el periodismo, entendido aquí más como un altavoz activo o forzado de las autoridades que como un campo social y un ámbito de trabajo, tiene de retransmitir, o no, los discursos y las categorías oficiales. Por último, ciertos tratamientos, como las consideraciones finales sobre el buen uso de la noción de lumpenproletariado, son más propios de la erudición marxológica que de una gran aportación al problema planteado.

de fuerzas sociales. Sin embargo, para un sector de la generación de Birmingham este proyecto «materialista», ante todo, está teóricamente pertrechado con saberes procedentes de las tradiciones literarias y de la semiología, de un marxismo frecuentemente teorista, de una disposición para «textualizar» hasta las culturas profanas, sin siquiera beneficiarse de esta forma de materialismo prosaico que podía aportar a los padres fundadores la experiencia de una larga inmersión en la práctica de la formación permanente de adultos de las clases populares. El funcionamiento del CCCS, la mayoría de las veces, ha permitido rechazar este tropismo textual. Pero hay tendencias que reaparecen...

LA ECUACIÓN DE LA FECUNDIDAD

Destacar así las limitaciones del centro de Birmingham no significa devaluar un radiante momento de fecundidad para ahorrarse la hagiografía. Tres datos expresan, pese a sus limitaciones, el dinamismo de aquellos años.

El primero se refiere a la renovación del temario y de los planteamientos. La cultura ya no era objeto de devoción o de erudición sino que era cuestionada por su relación con el poder.

El segundo nace de una singular combinación entre investigación y compromiso. El legado del centro, lo más innovador y duradero que científicamente tiene, no se explica *a pesar* de los compromisos de sus promotores sino *porque* dos generaciones de investigadores invirtieron en un trabajo concienzudo diversas formas de pasión, de cólera, de compromiso frente a un orden social que consideraban injusto y se proponían cambiar. El compromiso, ciertamente, no es la condición necesaria y suficiente para una buena ciencia social. Pero el centro ha encarnado uno de esos raros momentos de la vida intelectual en los que el compromiso de los investigadores no se esteriliza en la ortodoxia o la obcecación, sino que se apoya en una gran sensibilidad ante los retos sociales que neutraliza el efecto gueto del mundo académico. Al concentrar en una sede

central a la mayor parte de una segunda generación de investigadores, el auge del centro ha producido una masa crítica de trabajos. Las lógicas competitivas propias del mundo intelectual inducen entonces efectos virtuosos que obligan a los investigadores a gestionar sus rivalidades mediante la búsqueda de armas teóricas, de protocolos de investigación innovadores, en resumen, a través de la carrera de armamentos científicos, incluso para resolver desacuerdos de origen político en relación con la evaluación de un sistema social.

La última variable se refiere al rechazo de los patriotismos de disciplina. Birmingham no hizo desaparecer por encanto las divisiones establecidas por las especialidades universitarias. Pero el rechazo de las fronteras entre análisis literario, sociología de la desviación, etnografía y análisis de los medios ha engendrado una fecunda interdisciplinaridad.

Se esboza entonces una triple superación. La de un estructuralismo que se limita a herméticos ejercicios de descodificación de textos. A través de Gramsci, la de las versiones mecanicistas de la ideología dentro del marxismo. La de la sociología funcionalista norteamericana de los medios: frente al mecanismo del modelo estímulo-respuesta, se perfila un interés por las repercusiones ideológicas de los medios, por las respuestas dinámicas de las audiencias. Alcanzará su plenitud durante los años ochenta, en un contexto político muy distinto.